

# La vida religiosa y sus perspectivas en América Latina

---

Luis Coscia

*Los religiosos, por su estado, dan claro y eximio testimonio de que el mundo no puede ser transfigurado, ni ofrecido a Dios, sin el espíritu de las bienaventuranzas (LG 44)*

## I. DESCRIPCION DE LA VIDA RELIGIOSA EN AMERICA LATINA

### Algunos datos estadísticos

En la historia de los 500 años de América Latina y el Caribe ha sido un factor sustancial la presencia evangelizadora de múltiples congregaciones de vida religiosa, femeninas y masculinas. Gran parte del proceso de evangelización y de la formación cultural de nuestros pueblos es deudora de la presencia y acción de las religiosas y de los religiosos. “La vida consagrada, arraigada desde los antiguos en los pueblos de América Latina, es un don que el Espíritu concede sin cesar a su Iglesia como ‘medio privilegiado de evangelización eficaz’ (EN 69; DP 739).

Aunque faltan precisiones sobre los datos estadísticos de los últimos años, se calcula que en América Latina y el Caribe las religiosas son aproximadamente 110.000 y los religiosos unos 50.000. En algunos países es alto el porcentaje de religiosas y de religiosos extranjeros que prestan un generoso servicio a la evangelización de nuestro continente.

Las religiosas y religiosos constituyen en América Latina cerca del 70% de los agentes dedicados a la pastoral. Un buen número de ellas y de ellos pertenecen a institutos surgidos en los diversos países del continente. Se constata, sin embargo, una gran concentración de religiosos y religiosas al servicio de las clases acomodadas.

Las numerosas congregaciones femeninas y masculinas se organizan en cada país en torno de las conferencias nacionales de religiosos, que juntas forman la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR), surgida hace 34 años, por iniciativa del Consejo Episcopal Latinoamericano (Celem). Actualmente hay 25 conferencias nacionales de religiosos en 22 países. En tres países hay dos conferencias, una masculina y la otra femenina.

## La vida religiosa en América Latina a partir del Concilio Vaticano II

En los últimos decenios, la vida religiosa en América Latina fue particularmente sensible al espíritu renovador y a las directrices emanadas del concilio Vaticano II, de las conferencias de Medellín y de Puebla y de las constituciones renovadas de los diferentes institutos. Este proceso implicó una relectura de los carismas y de las propias fuentes, efectuada, muchas veces, a partir de experiencias concretas de un pueblo pobre y oprimido. El camino recorrido ha encontrado apoyo e impulso importante en las iniciativas surgidas de las conferencias nacionales y de la CLAR. Estos organismos han acompañado muy de cerca el proceso de renovación mediante seminarios, cursos de formación, asesoramiento teológico, publicaciones, talleres, asambleas. Y con estas ayudas la vida religiosa se enriqueció y pudo ofrecer una respuesta más adecuada a los desafíos provenientes de la Iglesia y de la sociedad.

Muchas congregaciones religiosas, animadas por este espíritu renovador, lograron notables cambios de lugar social, incluso dejando algunas obras tradicionales y asumiendo otras nuevas, más acordes con las necesidades del pueblo y de la Iglesia. Se produjeron tensiones y conflictos en las mismas congregaciones religiosas y también con los pastores, en la interpretación de este proceso renovador.

En algunos contextos estas tensiones con la jerarquía aún persisten. Se ha causado un cierto desgaste en la vida religiosa y una cierta desesperanza sobre la capacidad de respuesta a los nuevos desafíos, si la vida religiosa no continúa obediente al Espíritu que la impulsa e interpela desde la realidad sufrida de nuestros pueblos.

En este período del pos-Vaticano II se ha avanzado en una mayor preocupación por la persona del religioso y de la religiosa, en el discernimiento comunitario, en el respeto de madurez y de vida de cada miembro, conscientes de la corresponsabilidad. Además, se percibe una mayor animación por parte de los superiores y una capacidad de vivir las tensiones, aceptando las diferencias dentro de un sano pluralismo. Finalmente, se da una mayor sintonía con la vida del pueblo, aprendiendo de él caminos de fraternidad y comunión, aun en medio de los conflictos.

## La vida religiosa en América Latina a partir de Puebla

La Conferencia de Puebla (1979) identificó cuatro tendencias de la vida religiosa en América Latina. Ellas siguen válidas y se profundizaron a lo largo de estos años: la experiencia de Dios, la comunidad fraterna, la opción preferencial por los pobres y la inserción en la vida de la Iglesia particular (DP 726-738).

Respecto a la *experiencia de Dios*, Puebla detecta signos de “un deseo de interiorización y de profundización en la vivienda de la fe”, una oración que se convierte en actitud de vida, tanto personal como comunitaria (cf DP 726-727). Hoy podemos hablar de un surgimiento de una nueva espiritualidad de la vida religiosa, a la luz de la palabra de Dios y de la realidad. La experiencia del Dios en la historia se ha ido transformando en una experiencia del Dios de la vida: vivencia

de un Dios gratuito y Padre amoroso que escucha el clamor de los pobres y pide un compromiso concreto y eficaz con los hermanos.

La nueva espiritualidad de la vida religiosa está centrada en el seguimiento de Jesús de Nazaret, quien se encarna solidariamente, sufre, muere y resucita en nuestra realidad actual. Esta espiritualidad está animada por la presencia y la acción del Espíritu Santo que conduce la historia.

La oración se hace cada vez más a partir de la realidad, se convierte en actitud de vida y fuente de mayor profetismo. La relación con Dios está exigiendo una actitud contemplativa, acompañada del discernimiento personal y comunitario.

El despertar a esta nueva espiritualidad ha conducido al descubrimiento de la importancia y de la necesidad de vivir a la luz de la palabra de Dios, para responder a sus interpelaciones en la historia. Se lee la Escritura con actitud orante, con el pobre y desde el pobre. La lectura bíblica posibilitó la entrada en los caminos de relectura de la espiritualidad de los grandes maestros y nos ha dado la capacidad de leer la realidad latinoamericana desde otro lugar teológico.

Sobre la *comunidad fraterna*, Puebla enfatizó la importancia de las relaciones fraternas, con dimensión de fe y con un estilo de vida sencillo y participativo (DP 730). Señala el surgimiento de pequeñas comunidades, que nacen generalmente del deseo de insertarse en lugares modestos o al servicio de una misión evangelizadora particular (DP 731).

En los últimos años se ha extendido profusamente el estilo de vida comunitario en pequeños grupos, principalmente insertas en medios de los pobres. Ha ido creciendo la conciencia comunitaria y la valoración de las costumbres, el origen cultural y la procedencia étnica de las religiosas y religiosos, lo cual ha ayudado a superar choques e imposiciones.

Acerca de la *opción preferencial por los pobres*, Puebla dice que “es la tendencia más notable de la vida religiosa Latinoamericana. De hecho, cada vez más, los religiosos se encuentran en zonas marginales y difíciles” (DP 733).

La vida religiosa es consciente de que la opción por los pobres ha sido el eje de las transformaciones y tendencias de los últimos años, en la vida y misión de los religiosos, máxime de las religiosas. Con esto atendieron el llamado de los pastores tanto en Medellín como en Puebla; trataron de ser fieles a las enseñanzas del magisterio eclesial y a las orientaciones de las mismas congregaciones y a los carismas fundacionales.

Una de las maneras evangélicamente más radicales de expresar la opción por los pobres es la inserción, en cuanto solidaridad con ellos y búsqueda de formas para que se constituyan en sujetos de su propia liberación. Esto incluye la preocupación por la transformación de las estructuras y el reconocimiento de la dimensión social de la evangelización.

Una dimensión complementaria a la inserción y que implica un proceso más profundo de conversión hacia el mundo de los pobres es la inculturación del evangelio, en la diversidad de culturas latinoamericanas, lo que supone una actitud de diálogo, simpatía, valoración, entrega total y respeto por el otro.

Las motivaciones de esta opción por los pobres son evangélicas y eclesiales. Las raíces más profundas de este proceso hay que buscarlas en el seguimiento de Cristo pobre y humilde, en la enseñanza de la Iglesia, en el carisma mismo de la vida religiosa y en el discernimiento vivido a la luz de la palabra de Dios.

El testimonio especial de muchos obispos, sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos, en particular de quienes han sellado su servicio a la fe y a la justicia con el martirio de sangre, ha sido un fuerte impulso al compromiso de la vida religiosa con la causa de los pobres.

Esta opción y su discernimiento ha recibido un fuerte apoyo de las conferencias nacionales de religiosos, de la CLAR, de CRIMPO, de los centros de estudios para la vida religiosa y de la teología de la liberación.

Se puede señalar, como una de las grandes consecuencias de la opción por los pobres la renovación misma de los carismas de muchas congregaciones.

Sobre la *inserción de la vida religiosa en la Iglesia particular*, Puebla comprueba una vivencia del misterio de la Iglesia particular, un deseo de participación y una mayor integración en la pastoral de conjunto diocesana (DP 736)

Esta inserción se ha dado cada vez más por parte de la vida religiosa a través del diálogo con los pastores, la búsqueda de la definición del tipo de participación y de obras por dejar o tomar, en conformidad con el propio carisma y las necesidades de las diócesis.

### Algunas tensiones particulares en este proceso

Sin embargo, a lo largo del proceso renovador de la vida religiosa se han intensificado algunos conflictos entre carisma e institución, nacidos de diferentes visiones eclesiológicas y de vida religiosa y del choque de estas visiones encontradas. Muchas veces, la conflictividad nace de una falta de comprensión adecuada de lo que significa la presencia y la acción de la vida religiosa en la Iglesia. (cf DP 721) No se alcanza a comprender que las religiosas y los religiosos son más que meros agentes de pastoral en la Iglesia.

La opción por los pobres, asumida con todas sus consecuencias, fue otra importante causa de conflictos, tanto al interior de la vida religiosa, como en relación con algunos sectores de la jerarquía y del laicado.

Las directivas del Celam y la CLAR, que desde el inicio habían trabajado en comunión fecunda, a partir de la década del 70 comenzaron a transitar caminos diversos respecto a la animación de la vida religiosa, especialmente en relación con la puesta en práctica de la opción por los pobres.

Son años en los cuales la tarea de animación de la CLAR se hace más significativa, crece su convocatoria y su representatividad en el empeño por realizar las orientaciones de Medellín y Puebla.

La agudización de esta problemática se expresó en las críticas al "Proyecto: palabra vida", en el nombramiento del secretario general de la CLAR por parte de la sede apostólica en el año 1989, culminando con la designación de un delegado apostólico en enero de 1991, y el posterior nombramiento de la directiva de la CLAR, realizado directamente por el Papa, en junio del mismo año.

Se puede señalar como una constante de la vida religiosa latinoamericana descubrir, de forma cada vez más consciente, que estas tensiones sólo tienen sentido si se viven evangélicamente en clave de conversión.

No se puede juzgar errada la interpretación de la mayoría de los miembros de la vida religiosa y de otros sectores del pueblo de Dios que consideran de suma importancia suspender la intervención de la CLAR e intensificar el diálogo como medio de discernir el llamado de Dios hoy. Es importante reconocer una mayor libertad de la vida religiosa para que busque sus propios caminos en coherencia con el evangelio y así ofrezca su testimonio específico dentro de la Iglesia y al servicio del reino.

## II. DESAFÍOS ACTUALES A LA VIDA RELIGIOSA EN AMÉRICA LATINA

Al final del siglo XX, la vida religiosa en América Latina enfrenta desafíos significativos. Uno de ellos proviene de la mayor pobreza e injusticia provocadas en nuestro continente por el nuevo orden económico internacional centrado en el mercado. En este sistema las mayorías pobres quedan reducidas a masas sobrantes excluidas e ignoradas. Tal realidad exige una manera de integrar la experiencia de Dios y el compromiso de inserción en medio del pueblo. Pide también cambios en los estilos de formación, tanto a nivel teológico como pastoral y psicológico.

Otro de los desafíos se refiere a la relación entre vida religiosa y laicado. La experiencia de la vida religiosa en medio de los pobres ha permitido valorar más el papel de los laicos y caminar junto a ellos. No obstante, algunas veces se confunden los rasgos típicos de la vida religiosa con los propios de la vida secular. Se ha llegado, en ocasiones, a ocupar espacios y tareas que corresponden más a los laicos, lo cual implica una forma de secularización de la vida religiosa, con consiguiente crisis de identidad.

En cuanto a la formación, es urgente dar continuidad al esfuerzo de una preparación para un nuevo estilo de vida religiosa exigido por la realidad, la lectura del carisma y el llamado de la Iglesia a la nueva evangelización. Hace falta un mejor discernimiento de la realidad, capaz de reconocer al pueblo como sujeto activo de evangelización y de su propia historia. Es necesario seguir profundizando la forma-

ción bíblica, como fuente de la nueva espiritualidad de América Latina. Urge preparar mejor a los formadores y a la comunidad formativa. Se exige corregir la incoherencia existente entre la formación inicial renovada y la formación permanente, en muchas congregaciones.

En los últimos años la conciencia del papel de la mujer en la sociedad, en la Iglesia y en la vida religiosa, ha sido una preocupación de las conferencias nacionales y de la CLAR. Se impone seguir propiciando medios eficaces para su mayor preparación teológica, bíblica y pastoral. Es necesario también seguir apoyando los movimientos de promoción de la mujer, defender su dignidad y sus derechos en la Iglesia y en la sociedad. Es importante también apoyar los esfuerzos que tienden a aclarar el papel de la mujer en la Iglesia.

### III. ILUMINACION TEOLOGICA

La vida religiosa se sitúa dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta del absoluto de Dios, llamada a la santidad. Es en fuerza esta santidad, de la cual ella da testimonio y encarna; como la Iglesia se entrega al radicalismo de las bienaventuranzas. Las religiosas y los religiosos son, por su vida, signos de total disponibilidad para con Dios, la Iglesia y los hermanos (cf EN 69).

La radicalidad evangélica de los religiosos se expresa en el seguimiento del Jesús histórico, en la perspectiva de la construcción del Reino que ya comienza a despuntar en nuestra historia, para ser pleno al final de los tiempos. En este sentido, la vida religiosa se constituye en la concreción de una fraternidad nueva, compuesta por personas que testimonian la libertad, la solidaridad y la creatividad de los hijos de Dios.

La vida religiosa se abre a todo el pueblo de Dios, en el cumplimiento de su misión profética que le pide una mayor inserción en la realidad temporal, pero sin ser del mundo (cf Jn 17,15-16).

Así, el servicio prestado a la misión en la Iglesia, por parte de la vida religiosa se realiza mediante el testimonio, el compromiso con la transformación de la realidad y el anuncio directo de Cristo y de su Reino. Por su consagración, las religiosas y religiosos son emprendedores y su apostolado está marcado por la originalidad. Se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando grandes riesgos para su propia vida y hasta para su santidad (cf EN 69).

La persona de Jesús, sus palabras y sus acciones y especialmente su entrega total en la cruz y la victoria de su resurrección, convidan permanentemente a la vida religiosa a caminar con el pueblo y participar de sus esperanzas y luchas. Jesús, lleno del Espíritu Santo, anunció la buena noticia y la esperanza para los pobres. En el seguimiento radical de su maestro, la vida religiosa en América Latina se constituye en alegre noticia, a través del ejercicio de la misericordia para con los que sufren, los excluidos, los que no cuentan. Igualmente es una interpelación para los satisfechos, poderosos y ricos. El camino de la vida religiosa no es el del poder.

De esta manera, la vida religiosa llega a ser un signo utópico -aunque no ilusorio- del reino. Presenta alternativas que ya cursan nuestra historia, contrapuestas a aquellas formas deshumanizantes que atentan contra el deseo de Dios acerca de la vida, la convivencia humana y el cosmos.

Así como la Iglesia tiene una dimensión sacramental y se percibe como sacramento histórico de la liberación, así también la vida religiosa que pertenece a la identidad más profunda de la Iglesia se constituye en signo eficaz de esa presencia liberadora de Dios en la historia.

El Espíritu Santo, fuente de libertad evangélica y de creatividad, alienta el proceso de la vida religiosa en el continente. Es el Espíritu prometido por Jesús a la Iglesia, quien hace la verdadera memoria del resucitado, quien animó la fragilidad de los apóstoles y de las primeras comunidades cristianas. El es el autor de la vida consagrada a lo largo de la historia y suscitador de los diversos carismas. Ese mismo Espíritu impulsa hoy a los religiosos para responder con audacia profética a los grandes desafíos que surgen en esta nueva era de la historia.

#### IV. LINEAS PASTORALES

De todo lo anterior surgen las siguientes líneas pastorales, para las religiosas y religiosos en América Latina. Estas líneas tienen su entroncamiento en la opción por los pobres, eje fundamental de la novedad de la vida religiosa en el continente, percibida como don del Espíritu.

Es necesario actualizar obras, que sean fieles a la inspiración original del compromiso con los pobres y a las exigencias de la nueva evangelización.

Urge la revalorización de las culturas autóctonas, para lo cual es necesario cambiar estructuras de la vida religiosa y releer los carismas, y así buscar nuevas formas. La inculturación debe llevarse a cabo en el mundo indígena, negro, suburbano y campesino.

Es importante que la vida religiosa esté mejor preparada para acompañar los movimientos populares, la lucha por los derechos humanos y todas las formas de defensa de la vida. La novedad de estos espacios pide una mayor creatividad y flexibilidad en las experiencias pastorales.

Es necesario continuar dinamizando el espíritu de comunión eclesial y amistad evangélica y fraterna entre todos los sectores del pueblo de Dios. La vocación a la unidad de los creyentes es prioritaria en el anuncio neotestamentario; como así también posibilitar la unidad, en medio de la diversidad de los carismas y de las distintas corrientes de pensamiento. Esta será una garantía de la credibilidad de la Iglesia (Jn 17,21). Por parte de la vida religiosa, la búsqueda continua de la comunión en la Iglesia, manifestará la solidez de los procesos de renovación adelantados en los últimos decenios.

Urge atender especialmente la formación inicial y permanente, tanto en sus contenidos como en sus métodos. Es necesario formar a las religiosas y los religiosos para responder a los nuevos desafíos y al consiguiente estilo renovado de vida religiosa, siguiendo una pedagogía progresiva, que impida saltos bruscos, o retornos a formas tradicionales. Desde esta misma perspectiva debe estructurarse la formación permanente.

Especial cuidado merece la formación de las vocaciones que provienen de ambientes pobres y de culturas marginadas, a fin de que no pierdan sus valores culturales y religiosos. De tal manera que estos candidatos adquieran la capacidad de abrirse a las dimensiones más positivas de las otras culturas y cosmovisiones religiosas.

Es necesario profundizar el estudio de la palabra de Dios, desde la perspectiva de la transformación de la realidad. Aunque en esto se ha avanzado bastante en los últimos años, conviene cualificar mejor a las religiosas y religiosos en el conocimiento sistemático y en la lectura operante de la Biblia, como fuente de la propia espiritualidad y como aporte al pueblo de Dios.

Vale la pena impulsar con más ahinco la misión profética de la vida religiosa en América Latina. Esto implicará asumir el conflicto con instituciones y centro de poder, como forma concreta de vivir el misterio pascual -muerte y vida- en el seguimiento de Jesús. Para esto, el testimonio martirial de tantos cristianos en los últimos años es un incentivo alentador.

El profetismo colectivo -también intercongregacional- que se empieza a vivir en la vida religiosa de América Latina debe ser cultivado tanto en los momentos límites como -principalmente- en la vida cotidiana. Sería una forma grupal de resistencia a los signos de muerte y explicitación de solidaridad con la resistencia del pueblo pobre latinoamericano. Un ejemplo de este profetismo colectivo fue la asamblea de la CLAR, celebrada en México, en febrero de 1991.

La importancia de la presencia de la mujer en la vida religiosa de América Latina -que se ha hecho más notoria- exige de hombres y mujeres: la valoración de ellas en su dignidad e igualdad fundamental con el hombre, su capacidad de aportar valores en la vida social y eclesial y su papel como nuevo sujeto.

La nueva valoración de la mujer y de su papel histórico pide, en los actuales momentos, la crítica a los procesos crecientes de clericalización y excesiva institucionalización de la vida religiosa. Esto permitirá vivir con mayor radicalidad la dimensión profética y la capacidad para el anuncio de la buena nueva.

Vale la pena fortalecer la relación entre la vida religiosa y los laicos, de tal manera que las religiosas y religiosos colaboren decididamente, a fin de que los laicos asuman el papel que les corresponde, sin usurpar sus espacios más específicos. La cercanía entre religiosos y laicos, que ha llevado a compartir el mismo carisma religioso, exige de los consagrados una mayor fidelidad a su carisma fundacional.



La intercongregacionalidad de la vida religiosa vale la pena que siga creciendo, en sus diversas formas: formación en común, misiones compartidas, retiros conjuntos, etc. Debe darse sin pérdida de la identidad, en una actitud de comunión, con miras a la misión y teniendo como referencia al pobre. Debe implicar el esfuerzo por superar los capillismos y -al mismo tiempo- ayudar en la clarificación del propio carisma.

Finalmente, es importante que la vida religiosa reflexione hoy sobre otras formas de vida evangélica menos institucionalizadas, dado que percibe -en algunos sectores- una cierta asfixia en los estilos actualmente existentes. Esto llevaría a profundizar en otros modos de vida religiosa que han existido en nuestros países (ermitaños, anacoretas, peregrinos, beatos, fraternidades), que han mantenido la fe del pueblo durante siglos y han sido focos de espiritualidad y promoción popular.